

Las causas del Abandono del Sacerdocio Ministerial

(Reflexiones de un Sacerdote - Psicólogo)

Alvaro Jiménez Cadena, S.J. (*)

Introducción

Son éstas algunas reflexiones muy personales que se me han ocurrido al reflexionar sobre las causas de las deserciones sacerdotales. Las propongo a los participantes en el *Encuentro de Expertos sobre las causas del abandono del Ministerio Presbiteral* que se reunirá en Bogotá del 5 al 8 de noviembre de 1985, organizado por el Departamento de Vocaciones y Ministerios (DEVYM) del CELAM.

1. No todo aquel que deja el sacerdocio comete una infidelidad que pudiera llamarse *culpable*. Ni todo el que persevera en el ejercicio del ministerio o en la vida religiosa, ejerce auténticamente la virtud de la *fidelidad*. Más aún, en algunos casos sería un acto de fidelidad a la vocación cristiana el abandonar un camino de vida que se emprendió equivocadamente, un compromiso que se realizó con imprudencia o precipitación, o un género de vida que, con el correr del tiempo se ha tornado imposible y perjudicial para sí mismo o para los demás.

Tampoco el "permanecer" simplemente en el ejercicio del ministerio es equivalente a fidelidad. Se puede seguir adelante en la mediocridad, o aun llevando una vida doble y escandalosa... Eso no es ser fiel. Es mejor la autenticidad de quien pide la reducción al estado laical.

Con razón se puede preguntar: "¿Quiénes son más culpables: los que parecen romper con sus compromisos, o los que perseveran? ¿En quiénes se encuentra la infidelidad?"

"Para ser fiel, no basta perseverar. Así como no es el rito el que formaliza el constitutivo del compromiso con su fuerza imperativa, tampoco es el simple hecho de no abandonar o desertar, de no salirse, lo que define la fidelidad. Hay quienes parecen fieles a sus compromisos, de vida religiosa o de sacerdocio, y sin embargo, en el fondo son infieles, precisamente porque el fondo de todo compromiso y de toda fidelidad es la presencia y el amor. Resignados, con la muerte

(*) El P. Alvaro Jiménez C., S.J. es Doctor en Teología por la Universidad Gregoriana de Roma y Doctor (Ph.D.) en Psicología de la Personalidad de la Universidad de Chicago. Actualmente ocupa el cargo de Vice-Rector de la Universidad Javeriana, Seccional de Cali.

en el corazón, con *una apariencia de fidelidad jurídica, encuentran más cómoda esta mediocre situación*"¹.

2. Hablando sobre las causas de las defecciones al Sacerdocio en estos tiempos, mencionemos en primer lugar un fenómeno cultural; la *crisis de la palabra empeñada* en que se debate el mundo de hoy.

"A nadie se le ocurre ya la idea de prestar *juramento* para garantizar alguna cosa o de apoyarse en el juramento del otro. Ello, sin duda está ligado a una '*desacralización*' general"².

"Para dar o mantener su palabra, sería menester primeramente "tenerla". Ahora bien, el hombre de las sociedades contemporáneas adolece de eso, precisamente: no tiene palabra"³.

Conozco el caso de un sacerdote que al mes de la ordenación ya estaba pidiendo su reducción al estado laical y la exoneración de sus compromisos sacerdotales: Probablemente se trataba de una grave anomalía patológica de personalidad. Pero no es uno, sino muchos los sacerdotes que a los pocos meses de ordenados se han arrepentido de haberlo hecho. Y esto sí es preocupante.

3. Muy relacionado con lo anterior está el *miedo al compromiso definitivo* en que nos debatimos los hombres y las mujeres de hoy. El "SI" pronunciado por el joven sacerdote el día de su diaconado o de su ordenación, tiene que ser renovado cada día y en cada momento de la vida. No basta una auténtica generosidad en el momento de la ordenación para perseverar. La vida se encarga de ir presentando al sacerdote dificultades nuevas e imprevisibles, experiencias, fracasos y tentaciones antes desconocidas. Las pasiones ejercen momentos de fuerza máxima que provocan verdaderas crisis. El romanticismo juvenil del neosacerdote se puede ir eclipsando ante la mayor "*experiencia de la vida*", por no decir la desilusión y el desencanto de la misma.

La perpetuidad en el seguimiento del Señor que llamó al Sacerdocio:

"No es tanto consecuencia de un compromiso '*irrevocable*' situado en mi pasado como un gesto aislado y bien circunscrito en tal sitio y en tal día—, cuanto *fruto de la continua renovación de mi fe y de mi amor*, de la reactivación permanente de doble —y única— *fidelidad a mí mismo y a Dios dentro de mi vocación y misión*. Evidentemente, es necesario un cierto vigor espiritual, purificado de todo fervor romántico"⁴.

4. Y para hablar ya de las defecciones más o menos *culpables*, hay

¹ Ayel, V. *Compromiso y Fidelidad para tiempos de incertidumbre*. Madrid: Instituto Teológico de la Vida Religiosa, 1976 pág. 126.

² Ibid, pág. 52.

³ Ibid, pág. 52.

⁴ Ibid, pág. 105.

un hecho innegable: en el fondo de casi toda defección, a veces como causa principal, otras al menos como causa concomitante más o menos influyente en el resultado final, se encontrará una *deficiencia de vida de oración*, un enfriamiento en la vida espiritual, una rutinización en la recepción de los sacramentos, una progresiva "acedia" espiritual; una marcada búsqueda de la propia comodidad, una huída sistemática de la abnegación. En una palabra, se encuentra uno ante el síndrome tradicionalmente llamado por los autores ascéticos: "*La tibieza espiritual*".

Antes de la crisis sacerdotal de los años 60 y 70, parecía imposible que un sacerdote perdiera la fé. Con dolor, nos hemos ido acostumbrando a que este suceso no sea tan insólito. En mi experiencia sacerdotal han sido más frecuentes los casos de sacerdotes que atribuyen su retiro a otras crisis distintas de la pérdida total de la fé, la cual conservan intacta junto con una firme esperanza en el Señor y en su misericordia.

Pero, el abandono de la vida espiritual y sacramental, produce con frecuencia si no la pérdida de la fé, sí un enfriamiento en la *vida de fe* y en el *amor personal a Jesucristo*, que constituyen la razón última y más firme de la vocación sacerdotal.

5. En muchos casos de abandono del Sacerdocio Ministerial, hay que remontarse muy atrás en el río de la vida, para encontrar las verdaderas causas. Estas vienen de muy atrás, del hogar. De la adolescencia. Tal vez de la remota infancia.

Más aún, con frecuencia hallamos casos en que uno se puede preguntar extrañado: "¿Cómo se ordenó Fulano? ¿Cómo fue admitido a la ordenación? Nunca debería haberse hecho sacerdote. Este triste desenlace era de esperarse y era perfectamente previsible". Por desgracia ya es demasiado tarde para esta profecía "post factum".

Por algo la Iglesia ha insistido tanto en la selección estricta de los candidatos al sacerdocio.

En el Decreto *Optatam Totius*, leemos esta sabia recomendación:

"Por medio de una formación sabiamente ordenada, hay que cultivar también en los alumnos la *necesaria madurez humana*, cuyas principales manifestaciones son *la estabilidad del espíritu, capacidad para tomar prudentes decisiones y la rectitud en el modo de juzgar sobre los acontecimientos y los hombres*. Habitúense los alumnos a dominar bien el propio carácter; fórmense en la reciedumbre de espíritu y, en general, sepan apreciar todas aquellas virtudes que gozan de mayor estima entre los hombres y avalan al ministro de Cristo, cuales son *la sinceridad, la preocupación constante por la justicia, la fidelidad a la palabra dada, la buena educación y la moderación en el hablar, unida a la caridad*"⁵.

⁵ Vat. II, Opt. Tot. n 11.

Muchas veces ha insistido la Iglesia en que es una compasión mal entendida el admitir a la profesión perpetua o a la ordenación sacerdotal a un candidato que es *incapaz de guardar la castidad*. Bajo capa de misericordia, se ocultaría un acto de crueldad para con él y para con la Iglesia.

6. Es sumamente importante, tener muy presente *el ambiente familiar* del candidato al Sacerdocio. El "background" familiar juega un papel de importancia definitiva y muchas veces indeleble, en el nacimiento de la vocación, en la consolidación y en la perseverancia del sacerdote en ella. La gracia de Dios es poderosa y puede lograr transformaciones casi milagrosas en la personalidad de un sacerdote. Pero no podemos esperar que los milagros ocurran cada día.

Por un lado, la estabilidad y armonía del hogar, el cariño sincero entre padres, hijos y hermanos, y por otro, el ambiente religioso y moral de la familia constituyen una de las mejores garantías para la formación de una personalidad psicológicamente sana y para la perseverancia en la vocación. Por el contrario, la falta de armonía y estabilidad familiar, la deficiente formación religiosa, el ambiente de inmoralidad, hacen muy difícil que esta delicada planta de la vocación sacerdotal nazca, crezca y permanezca. Queda siempre la acción misteriosa y poderosa de la gracia divina. Pero recordemos: "*Gratia non tollit naturam, sed supponit et perficit eam*".

7. Para nadie es un misterio que la principal y la más frecuente causa de deserción del Sacerdocio (a veces abiertamente confesada, algunas veces discretamente callada, en no pocos casos disfrazada bajo el poder casi ilimitado de racionalización que tenemos los seres humanos) son las dificultades relacionadas con *la guarda fiel del celibato*.

Aún sacerdotes muy buenos, inteligentes, celosos, trabajadores, generosos, caritativos, obedientes al Obispo, fraternos con sus hermanos, consagrados al apostolado y al servicio de los fieles, pueden encontrar dificultades grandes para guardar la castidad perfecta y perpetua que conlleva el sacerdocio.

La falta de madurez afectivo-sexual es un denominador bastante común en muchos casos de deserción

Bajo un enfoque psicológico, para ordenarse de sacerdote con probabilidades sólidas de perseverancia, se requiere una gran *madurez integral* de la personalidad. Puede preguntar alguno: "¿Cómo identificar estas personalidades maduras? ¿Cuáles son sus señales?".

La respuesta puede variar muchísimo, según el esquema teórico en que se apoye el concepto de "madurez psicológica"*.

(*) Una exposición sencilla y clara sobre "*La personalidad madura*" puede leerse con provecho en Allport, G., *La personalidad: su configuración y desarrollo*. Barcelona: Herder, 1966, Cap. XII, La Personalidad Madura.

Allí se exponen las teorías de Freud, Erikson, Maslow y la del mismo autor.

Pero, hay algunas características de madurez que nunca deben pasarse por alto, antes de tomar la decisión de ordenar un sacerdote. Algunas importantes son: percepción objetiva de la realidad, concepto predominantemente positivo de sí mismo, de los demás y del mundo; capacidad de tomar decisiones y asumir responsabilidades; adaptación y eficiencia en un trabajo estable; sentido de la propia identidad como ser humano y como individuo sexuado; capacidad de mantener auténticas relaciones interpersonales con los colegas, con las figuras de autoridad y con los subordinados, todo lo cual constituye la aptitud para vivir en comunidad que es importantísima; capacidad de un amor oblativo que se entregue a los demás y encuentre en el servicio al prójimo una fuente de realización personal; escala adecuada de valores y filosofía integradora de la vida. En esta enumeración no hemos hecho más que mencionar las características de la madurez según la teoría epigenética del desarrollo de la personalidad propuesta por Erik Erikson⁶.

Yo añadiría, como muy importante característica, un alto nivel de *tolerancia a la frustración*, dado que este género de vida exige mayor estabilidad psicológica con otras muchas profesiones.

La madurez es una realidad compleja. Una buena descripción de la misma es la que presentan las *Orientaciones para la Educación en el Celibato Sacerdotal* de la Sagrada Congregación para la Educación Católica:

*"La madurez es una realidad compleja y no es fácil circunscribirla completamente. Se ha convenido, sin embargo, en considerar maduro, en general, al hombre que ha realizado su vocación de hombre, con otras palabras, al hombre que ha conseguido la suficiente capacidad habitual para obrar libremente; que ha integrado sus bien desarrolladas capacidades humanas en hábitos virtuosos; que ha conseguido un fácil y habitual autocontrol emotivo, con la integración de las fuerzas emotivas que deben estar al servicio de una conducta racional; que prefiere vivir comunitariamente porque quiere hacer partícipes a los demás de su donación; que se compromete en un servicio profesional con estabilidad y serenidad; que demuestra saber comportarse según la autonomía de la conciencia personal; que posee la libertad de explorar, investigar y elaborar una experiencia, es decir, transformar los acontecimientos para que resulten fructíferos en el futuro; al hombre que ha logrado llevar al debido nivel de desarrollo todas sus potencias y posibilidades específicamente humanas"*⁷.

Hablando del sacerdote, esta *madurez integral*, debe concretarse muy claramente en la *maduración afectivo-sexual*, sin sacarla del contexto global de la maduración de la personalidad. El sacerdote, antes de la ordenación

⁶ Erikson, E.H. *Infancia y Sociedad*. Buenos Aires: Ed. Hormé, S. A. E., 1974, Cap. 7: Ocho Edades del Hombre.

⁷ Sda. Congregación para la Educación Católica: *Orientaciones para la Educación en el Celibato Sacerdotal, Documentos para el Diálogo*, 1974, III, 1-48.

debe haber superado las etapas del narcisismo egocéntrico; del auto-erotismo y la masturbación; de la homosexualidad y la ambivalencia sexual que es muy frecuente en la adolescencia; y tiene que haber logrado relación sana, madura y sencilla con las personas del sexo opuesto. O sea, un "trato maduro, sencillo, no angustioso con las almas —hombres y mujeres— con las que tratamos por razón de nuestro trabajo en la edificación del Cuerpo de Cristo"⁸.

Esta relación madura, está igualmente alejada de dos extremos peligrosos. Por un lado, la actitud angustiosa, represiva, temerosa ante las personas del otro sexo. Por otro lado el trato de familiaridad ingenua, de ligereza de adolescente que demuestran algunos sacerdotes ya cuarentones y cincuentones y que puede indicar adolescencia retardada que apenas empieza a descubrir los valores y la atracción del sexo femenino⁹.

Parece que en este asunto se cumple la ley del péndulo. En tiempos pasados, los formadores se excedieron recalando en demasía la doctrina y la práctica del alejamiento de los seminaristas con respecto al trato con las mujeres, llegando a veces a actitudes absurdas de temor con la hermana o con la propia madre. Hemos progresado muchísimo en la búsqueda de ese trato sereno, sencillo, maduro...

Pero el péndulo tal vez se inclina ahora hacia el extremo de la excesiva familiaridad, rayana a veces en la ingenuidad o en la superficialidad. Las "pequeñas-grandes cautelas" dictadas por la prudencia, la modestia y la abnegación nunca podrán pasar de moda cuando se trata de seguir e imitar a Cristo Crucificado". Los frutos de estas imprudencias, seamos sinceros, no han sido nada dulces. Y en la cosecha de deserciones por esta causa ha sido lastimosamente abundante.

No siempre son más inmaduros afectivamente los que ingresaron más jóvenes al Seminario Menor. Es verdad que se presentan algunos casos de sacerdotes que entraron al Seminario demasiado niños y nunca maduraron psicológicamente. Se encuentran muchas personalidades muy maduras, muy varoniles, muy recias, entre los sacerdotes a quienes Dios llamó en edad muy temprana; lo mismo que sacerdotes tremendamente inmaduros entre los que entraron en una edad avanzada. En muchos casos de abandono del Sacerdocio, se trata de hombres que en su desarrollo afectivo-sexual apenas transpasaron los umbrales de la adolescencia, como se echa de ver en sus amistades, en el trato con la mujer, en problemas de auto-erotismo no superados, en actitudes egoístas, en dificultad para un amor y entrega verdaderamente *oblativos*.

8. Durante estos últimos años, parece haber tomado mayor rele-

⁸ Congr. Gen. S.J. XXX, D. 16, N° 8b.

⁹ Jiménez A., S.J. *Madurez humana y castidad religiosa*, Theologica Xaveriana, Bogotá, 1978.

vancia que en otros tiempos, como causa del abandono del Sacerdocio, *la crisis de obediencia y de autoridad*. Estudios realizados en otros países como Esados Unidos¹⁰, demuestran que el descontento con los Obispos, con la manera de ejercer la autoridad en la Iglesia, constituye una de las causas más frecuentemente alegadas por muchos sacerdotes al retirarse del ejercicio ministerial.

Hay que tener en cuenta la *imagen paterna* que el candidato al Sacerdocio trae de su hogar, especialmente en algunos Seminarios en que parece abundan los huérfanos de padre, por muerte de éste o por abandono del mismo.

Los sentimientos y actitudes sistemáticamente agresivas del sacerdote, son con frecuencia el resultado de un *desplazamiento* contra cualquier figura de autoridad. A algunas personalidades, dados sus acondicionamientos previos, les resulta casi imposible el someterse a una autoridad, por apta y buena que sea la persona que la ejerce.

Habría aquí tema de meditación, tanto para quienes detentan y ejercen el poder, como para los candidatos que van a comprometerse a obedecer; los primeros deberían reflexionar sobre su espíritu paternal del gobierno; los segundos, examinar si tienen un carácter capaz de aceptar el ejercicio de una obediencia razonable.

9. Han sido muchas las defecciones, del año 60 para acá, entre sacerdotes sinceramente comprometidos con la causa de los pobres. Su compromiso los llevó en muchos casos a la radicalización, a la contestación sistemática y aun a empuñar el fusil y la ametralladora. ¿No había en estos actos de "compromiso heroico", demasiadas motivaciones y condicionamientos puramente humanos? ¿No habrá a veces mucho altruísmo mal entendido y poca *caridad cristiana*, vivida como virtud teologal?

¿No habrá *confusión de identidad* en el rol y funciones propias del Sacerdocio? ¿No habrá algún *desplazamiento* de los sentimientos agresivos contra objetivos neutros o "chivos expiatorios"?

Reflexiones similares podrían aplicarse al caso de muchas rebeliones "doctrinales y teológicas" contra la jerarquía y el Magisterio Pontificio.

10. Estos años post-conciliares han sido también profundamente marcados por una *crisis de identidad sacerdotal*. El Concilio Vaticano II destacó muy claramente la misión sacerdotal del laico, al recalcar el derecho y el deber del seglar al apostolado¹¹.

¹⁰ Kennedy, E. Heckler, U. J. *The Catholic Priest in The United States: Psychological Investigations*. Washington, D. C.: Publications Office United States Catholic Conference, 1972.

Greeley, A: M. *The Catholic Priest in The United States: sociological investigations*. Washington, D.C.: Catholic Conference Publications. 1972.

¹¹ Vat. II, Apost. Act. n. 3.

Pero no pocos sacerdotes, cayeron en el extremo de exaltar tanto la vocación del laico bautizado, que vinieron a menospreciar el sacerdocio ministerial. Podríamos hablar en estos casos, de una verdadera "crisis de identidad" o "difusión de identidad" sacerdotal, para usar la terminología de Erikson. Muchos sacerdotes dejaron el ejercicio de su ministerio simplemente porque "no tenía sentido el ser sacerdote"; se sentían "desinflados" en el ejercicio de su ministerio *estrictamente sacerdotal*, en el celibato consagrado por el Reino de los Cielos...

11. Intimamente relacionada con la crisis de identidad sacerdotal, puede presentarse una *crisis de desencanto*, de cansancio, de frustración generalizada y paralizante. Con frecuencia, esta crisis se presenta en la edad madura. Por eso se la ha llamado la "*crisis del demonio meridiano*".

Sobre ella se ha escrito mucho. Es prácticamente una síntesis de todas las crisis posibles en el sacerdocio o en la vida religiosa: crisis afectiva, crisis de triunfo, de obediencia, de naturalismo, en una palabra de sentido de la vida ¹².

Es posible caer lentamente en un simple "tolerar, aguantar, seguir adelante" en el ejercicio ministerial del sacerdocio.

Es un hecho triste, pero que lo comprobamos con más frecuencia de lo que fuera deseable: pasarla bien; no matarse demasiado; darse buen vida; trabajar lo menos posible... Es el que en otro contexto me he atrevido a llamar "*La Psicología del Solterón*" ¹³.

Qué bella y atrayente es la otra cara de la medalla: el sacerdote entusiasta, animoso, trabajador, alegre, a pesar de las dificultades y fr casos, a pesar de los años y la vejez: Es el sacerdote *auto-realizado* (Erikson). Bellamente ha sido descrito este ideal por el Cardenal Pironi cuando habla sobre "*La alegría de la fidelidad*" ¹⁴.

Afortunadamente este bello ideal lo vemos encarnado en muchos sacerdotes que proyectan una imagen más o menos de hombres realizados en el servicio a Dios y la entrega a sus hermanos mediante el ejercicio del ministerio sacerdotal.

¹² Roldán, A. *Las crisis de la vida en religión*. Madrid: Ed. Razón y Fé. 1967.

¹³ A. Jiménez, Loc. cit.

¹⁴ Pironio, E., Card., *La alegría de la fidelidad*. *Vida Religiosa*, 1977, 43, 310-31

Conclusión

Analizadas algunas causas, de las deserciones sacerdotales, queda un paso mucho más importante como tema principal de reflexión: *¿con qué medios podemos ayudar a nuestros hermanos sacerdotes para lograr el don de la perseverancia?* Busquemos los medios naturales y sobrenaturales, con la confianza de que la gracia divina nunca nos faltará.

Tenemos que poner el acento en una *Pastoral Preventiva*, aplicada a los futuros sacerdotes, ya desde la formación del Seminario.

Finalmente, imitando la actitud del Buen Pastor, debemos tender una mano a tantos hermanos nuestros que han dejado el ministerio, quienes tal vez seguirían trabajando hombro a hombro a nuestro lado, si hubieran encontrado más comprensión y amor por parte de sus hermanos sacerdotes. A muchos quizás el Padre Bueno los espera, con los brazos abiertos, para un fecundo apostolado sacerdotal después de una auténtica reconciliación consigo y con la Iglesia Institucional.